**Domingo 3 de Cuaresma C - Iglesia del Hogar: en Familia, como Iglesia doméstica, preparamos la Acogida de la Palabra de Dios proclamada durante la celebración de la Misa dominical**

Páginas adicionales para preparación

  
**Falta un dedo: Celebrarla**

**1. Introducción a la Palabra del Domingo**

**1. 1 Primera lectura: Éx 3, 1-3. 13-15**

Muchas veces en sus oraciones y celebraciones los hermanos judíos repiten este recuerdo de que Dios los sacó de la esclavitud de Egipto “con mano fuerte y brazo extendido”. Con razón recuerdan las hazañas de Dios porque en aquel momento histórico Dios hizo de los judíos un pueblo, el pueblo escogido. ¿Acaso no es maravilloso poder formar parte de un pueblo que no se ha formado por circunstancias geopolíticas sino por la expresa voluntad salvadora de Dios? ¿Un Dios que se revela, que quiere estar cerca de su pueblo, que ha escuchado su clamor? Nosotros los cristianos sabemos que en aquel entonces Dios estaba preparando a su pueblo del cual iba a nacer el Salvador del mundo. Dios es el mismo ayer, hoy y siempre. Este mismo Dios que nos dice su nombre, que vela sobre su pueblo de la alianza nueva y eterna con el mismo amor y la misma eficacia que tuvo en aquel entonces. ¿Puedes creerlo?: ¡Cuando llamó a Moisés también ha pensado en ti!

**1. 2 Segunda lectura: 1 Cor 10, 1-6. 10-12**

Cuando tengan un poco de tiempo léanse todo el libro del éxodo. Seguramente les llamará la atención como este pueblo, a pesar de las intervenciones milagrosas de Dios, sigue desconfiado, sigue murmurando y protestando contra los planes y designios de Dios. Impresiona realmente la paciencia de Dios que corrige a su pueblo, le enseña y lo anima continuamente a través de Moisés. San Pablo interpreta el éxodo con mirada cristiana sabiendo que Cristo estaba ya actuando en aquel entonces. Por eso es muy fácil interpretar los signos del éxodo para nuestra vida, para comprender que nosotros vivimos envueltos en milagros mucho más grandes y a pesar de ello estamos siempre en el peligro de desconfiar y de murmurar. Dios nos ha hecho hijos suyos en el bautismo, en la eucaristía quiere unirse a nosotros. Hemos bebido todos del mismo Espíritu. ¿No deberíamos llegar a la conclusión que todo lo que sucede en nuestra vida sucede por el designio amoroso de Dios? ¡Y cuántas veces nos quejamos de nuestra suerte! El que se queja, el que murmura de su historia no tiene fe, no cree en el amor de Dios. Se quedará en el desierto y nunca llegará a la tierra prometida que se reserva para los dichosos que son de puro corazón.

**1. 3 Evangelio: Lc 13, 1-9**

¡Ojalá que Jesús nos concediera su propia perseverancia para interpretar los signos de los tiempos! Le cuentan unos hechos que para el hombre constituyen otros tantos interrogantes. Me recuerda la tragedia de un pueblo de la costa de Santo Domingo que ante el huracán se refugiaba en la iglesia. Una enorme ola se los llevó a un sepulcro profundo de aguas saladas. ¿Fueron pecadores? ¿Dios los ha castigado por sus pecados? La respuesta de Jesús es inequívoca: No. Enseguida Jesús aprovecha la oportunidad para llamarnos a la conversión. Así tenemos que leer el periódico que a diario trae noticia de desastres y accidentes. Pereceremos si no nos convertimos. Mira cómo a través del diario Dios quiere hablarte e invitarte a la conversión. Menos mal que Dios tiene paciencia. Nos deja un año más para ver si daremos fruto.

**2. 1 Reflexionemos los padres**

Muchas veces a la gente le parece normal esta conexión entre el pecado y castigo, especialmente cuando se observa una desgracia en los demás. También, quizás, nosotros nos resignamos cuando tenemos que soportar un “castigo” porque somos conscientes de alguna culpa en nuestra vida. Los interrogantes se acentúan y se transforman fácilmente en rebeldía ante Dios especialmente cuando no nos sabemos culpables de algo grave. ¿Por qué el sufrimiento y el dolor del justo? El libro de Job gira en torno a esta pregunta, pero ni en ese libro ni en los demás libros de la Sagrada Escritura hay una respuesta, una explicación. Jesús sencillamente nos explica que son signos, llamados a la conversión. Sin embargo, constantemente nos repite y nos repite que Dios es un Padre que nos ama, nos perdona, nos invita a estar con Él. La lógica consecuencia que tendríamos que sacar es que todo lo que nos pasa, viene de la mano amorosa de Dios, es para nuestro bien. Jesús da el ejemplo: También suplica a su Padre que haga pasar el cáliz de la pasión. Sin embargo, se somete a la pasión porque es el plan de Dios para salvar a los hombres. Así el sufrimiento y el dolor nuestro también tiene valor salvador porque “completa en mi cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo” (Col 1, 24).

La manera de cómo encaramos el sufrimiento dependerá en gran parte de la confianza que tenemos en Dios. Cuando de veras creemos que Dios es nuestro Padre que nos ama, también sabremos adoptar la misma actitud de Job: “Dios lo dio, Dios lo quito, sea bendito es el nombre de Dios” (Job 1, 24). Expresa la absoluta confianza que al final todo es para bien nuestro.

A veces somos los adultos los que sembramos la superstición en el corazón de los niños porque utilizamos a Dios como medio coactivo: “Si no te portas bien, Dios se va a enfadar contigo”, o nuestras reacciones frente a los acontecimientos despiertan un profundo temor ante un Dios que castiga, que hiere y cual ciego poder despedaza a diestra y a siniestra. Tenemos que corregir no solamente nuestra manera de hablar sino también nuestra manera de pensar porque nadie sabe cuál fue la intención de Dios en cada momento. Sin embargo, un Padre que sacrifica a su único hijo para salvarnos, ¿cómo podemos dudar de su amor?

**2. 2 Reflexionemos con los hijos**

Muchas veces tenemos miedo hasta de Dios. Es como tener miedo de un hombre muy bueno del cual sabemos que nunca hará daño a nadie. Es que Dios es amor, esto nos lo ha enseñado Jesús. Más bien deberíamos tener miedo de nosotros mismos, porque somos nosotros que nos “castigamos” al alejarnos de Dios. Jesús mismo nos invita a pedir para que Dios nos proteja pero nos enseña también a aceptar las cosas con confianza. Y si algo nos hace sufrir que sea como una señal de que nos están jalando la oreja para que estemos más atentos a la voluntad de Dios.

**3. Colección eucarística**

Dios no perdonó a su propio hijo. Sobre él ha cargado todas nuestras culpas. Jesús se ha sacrificado para rescatarnos. Este sacrificio de amor se renueva cada vez que comemos de este mismo pan. Es como si Cristo nos repitiera: es que cada vez Dios renueva la iniciativa de buscarnos porque nos ama. “Yo a los que amo, reprendo y corrijo. Se pues ferviente y arrepiéntete. Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Apc 3, 19-20).

**4. Vivencia familiar**

Cuando se necesita imponer un castigo ¿no les parece que siempre es conveniente explicar el por qué? De esta manera el hijo entenderá que todo está dirigido hacia su bien.

Al ayudar a los hijos a hacer la oración de la noche y el examen de conciencia, podríamos dirigir su atención no sólo a las faltas del día sino también a los acontecimientos para descubrir lo que Dios quiso decirnos por medio de ellos.

Tendremos constancia en este tipo de vivencia con los hijos cuando nosotros mismos estamos realizándolas a nivel de adultos y de esposos.

**5. Nos habla la Iglesia**

“El Pueblo de Dios, movido por su fe de que el Espíritu del Señor, que llena el universo, lo guía en los acontecimientos, en las exigencias y en los deseos que le son comunes con los demás hombres de nuestro tiempo, se esfuerza por ver con claridad cuáles son en todo eso las señales de la presencia o de los designios de Dios. La fe se lo ilumina todo con una nueva luz y le manifiesta el divino propósito sobre la vocación integral del hombre” (Vaticano II, la Iglesia en el mundo).

**6. Leamos la Biblia con la Iglesia**

Lunes: 2 Re 5, 1-15 a; Lc 4, 24-30

Martes: Dan 3, 25.34-43; Mt 18, 21-25

Miércoles: Dt 4, 1. 5-9; Mt 5, 17-19

Jueves: Jr 7, 23-28; Lc 11, 14-24

Viernes: Os 14, 2-10; Mc 12, 28b-34

Sábado: Os 6, 1-6; Lc 18, 9-14

**7. Oraciones**

En el sufrimiento

Concédeme, Señor, que me someta a tu voluntad, así como soy; que, enfermo o sufriendo, te glorifique en mi sufrimiento. No llegaré a la gloria si no a través de él como tú, redentor mío, no quisiste llegar a la gloria sin padecer.

Los discípulos te reconocieron al ver las marcas de la pasión. De la misma manera reconocerás tú a tus discípulos. Acéptame a mí por los sufrimientos que llevo en cuerpo y alma.

Y puesto que no hay nada agradable a los ojos de Dios si no los ofreces tú, quiero unir mi voluntad a la tuya, quiero unir mis sufrimientos a los tuyos. Haz que mis padecimientos se hagan los tuyos. Penetra en mi corazón para sufrir tú en mi lo que falta aún de la pasión que tiene que completarse en los miembros de tu cuerpo, hasta el día de la perfección. Así participaré un poco en tu pasión y estoy seguro que participaré un día plenamente de tu gloria. Amén